

EL ATLANTE.

*Aquel pueblo es verdaderamente libre
donde las leyes mandan y los hombres obedecen.*

Santa Apolonia V. y M. Luna llena á la 4 y 13 min. de la tarde en Leo. Revuelto

ACTOS DE LA ADMINISTRACION DE LA PROVINCIA

GOBIERNO POLITICO DE CANARIAS.

CIRCULAR.

Con fecha 46 de Octubre del año próximo pasado, y en el Boletín oficial de 21 del mismo, número 57 se circuló orden á los Ayuntamientos de la Provincia para que en fin de cada mes remitiesen á este Gobierno Político un estado comprensivo de la recaudacion de sus Propios y del contingente del 20 por 100 que debia deducirse de ellos, con destino al presupuesto del Ministerio de la Gobernacion de la Península, prescribiendoles lo conveniente para dar con exactitud dichos estados; y á fin de desvanecer toda duda que pudiera ofrecerse en su redaccion y simplificar el trabajo se unió á dicha circular un número competente de ejemplares impresos, de modo, que no habia necesidad de otra operacion que colocar las cantidades en sus respectivos lugares, á fin de que no sufriese atraso este servicio. Sin embargo, han sido pocas las corporaciones que han llenado esta obligacion que tanto les recomendé, y especialmente algunas de las que desde el año de 1833, por disfrutar fondos pingües, habian cumplido con la remesa de estos documentos, escusandose otras con el pretesto de no tener fondos de que deducir el contingente, sin duda por olvido de la regla quinta de dicha circular, y algunas tambien confundiendo el 5 por 100 destinado á la amortizacion con el relacionado 20 por 100.

Imposible será que tengan exacto cumplimiento las Reales ordenes é Instrucciones que recomien-

dan la puntual recaudacion de aquellos intereses si los agentes de su administracion no cooperan á ello, llenando los deberes que les están encomendados. En desempeño de los míos, no cesaré de excitar su celo, como lo hago recordandoles la necesidad de que se cumpla en todas sus partes la mencionada circular de 46 de Octubre últimos encargandoles muy especialmente hagan remesa de los estados correspondientes á todo el año próximo pasado y que cuiden de egecutarlo en fin de cada mes de los sucesivos, aun cuando no ocurran ingresos, dandome desde luego aviso del recibo de esta orden, á los efectos conducentes.

Santa Cruz de Tenerife 25 de Enero de 1838. — El Marques de la Concordia.

INTENDENCIA DE CANARIAS.

Con esta fecha digo al M. I. Ayuntamiento Constitucional de esta Capital lo que sigue.

Habiendoseme hecho varias delaciones sobre que algunos individuos contribuyentes á la extraordinaria de guerra no han entregado el importe integro de una mesada, ó dozaba parte de la renta de sus casas, y deseando en cuanto me sea posible evitar vejaciones sensibles, debó prevenir á V. S. en nombre de la ley, que esta debe tener su exacto cumplimiento, segun sus trámites bien marcados y si el Ayuntamiento los omite en la rectificacion de relaciones que deben hacer los inquilinos y dueños, la responsabilidad recaerá principalmente sobre el Ayuntamiento protector de los intereses del vecindario, y ejecutor en la parte que le corresponde de la ley, debe advertir, exhortar é instruir á todo vecino de las penas á que se hace acreedor por cualquier ocultacion ó suplantacion.

Hay deberes muy sensibles de llenar pero no por eso se pueden descuidar ni dejar de ser honrosos de cumplir si la ley que es la expresion de la soberania asi lo preceptúa. Por mi parte sentiré mucho tener que hallarme en el caso de atender á tales delaciones cuya justificacion es tan fácil.

Y deseando prevenir y aconsejar antes que castigar, lo hago incertar en el Boletín oficial para noticia de todos y que los Ayuntamientos exhorten á los vecinos á la rectificacion de las relaciones que hayan presentado tanto en calidad de propietarios, como de inquilinos por que de cualquiera comision, ó suplantacion se les seguirá el castigo que marca el artículo 47 de la instruccion de 13 de Agosto espedida á consecuencia de la ley de 9 del mismo que dice.

“Las ocultaciones ó fraudes que se cometan al presentar las relaciones con el objeto de disminuir la cuota que deba satisfacerse, harán incurrir á los autores en la pena de dos tantos mas, si la ocultacion llegare á cinco por ciento, de tres tantos mas, si ascendiere á diez por ciento y de cuatro tantos si subiere á 20 por 100 del valor legítimo de la finca para el pago de la contribucion.”

Santa Cruz de Tenerife 6 de Febrero de 1838. — José diez Imbrechts.

ZENOBIA:

IV.

Siguió Zenobia algun tiempo derramando lágrimas de ternura y sentimiento, y yo, estrechando á mis labios una de sus hermosas manos que tenia entre las mias, me hallaba en una confusion de espí-

ritu tal, que en vano me empeñaría en explicársela á V., porque ni aun yo daba cuenta á mí mismo de lo que sentía. El dolor de separarme de Zenobia; la alegría de complacerla; la sorpresa de saber que me amaba, me tenían como privado de sentido.

—Cuanto debe haberle V. sorprendido mi conducta, y cuán inconsecuente y ligera debe haberme creído! Nada está más lejos de mi carácter, sin embargo; antes bien he seguido el plan que me tenía propuesto con una constancia de que algunos creerán incapaz á una muger.... y el resultado ha sobrepujado mis esperanzas. ¿Creerá V. que sin más trabajo que el de sonreír á veces sin ganas; que el de convidar á comer á un hombre que me desagradaba, ó dejarme acompañar por otro al teatro ó al paseo, he hecho pasar muchos miles de francos y muchos jóvenes voluntarios al servicio de mi país? V. se ha batido por causa mia con el hijo de un Par de Francia, y esto acaso ha valido á la Polonia el poderoso auxilio de este jóven, y el de su padre más poderoso todavía, como rico y diplomático que es y muy influyente en el ministerio. ¿Y de qué medio me he valido para hacer tamaños milagros? Haciendo creer con mucha destreza al tal jóven que su herida le habia hecho interesantísimo á mis ojos, y cautivándole más y más con una fingida compasion amorosa, gracias á la cual espero verle dentro de pocos dias salir de Paris para reunirse con el ejército de Polonia.

Esta vida de intriga y enredo, tan opuesta á mi carácter natural, era lo que me hacia parecer inconsecuente y ligera á los ojos de V. ¿Cuántas veces olvidaba á su lado mi sublime mision para no acordarme sino de que era amante! Pero un momento despues, la imágen de mi patria amenazada de una horrible esclavitud y de una muerte segura, se levantaba ante mis ojos y me hacia olvidar todo lo que no era ella!... Como me importaba tanto que nadie pudiera descubrir el motivo de mi conducta, que no hubiera dejado de suministrar al embajador de Rusia suficiente pretesto para reclamar mi esportacion y calumniarme por todos los medios posibles, no me atrevia á declarar á mis adoradores el deseo que fuesen á Polonia ó enviasen socorros indirectos, hasta que estaba bien segura de su amor; por eso

esta noche no me atrevia á declararle á V. el secreto de que le hablabla en mi carta, y que no era otro sino el de que solo obtendria mis favores el que se sacrificara voluntariamente por la Polonia.

—¿Con que V. dudaba de mi amor? tan mal he sabido espresarlo? Por qué me ha hecho V. esa injusticia, Zenobia?

—Porque á V.... le amaba. Bien veia yo en los ojos de mis adoradores, como en un termómetro vivo, los grados de amor ó frialdad que les inspiraban mis estudiados atractivos; pero con V. no era lo mismo.... y ya he dicho la causa.

—Hermosa Zenobia, la dije, si la suerte me fuese favorable.... si la Polonia triunfa en esta terrible guerra.... si yo, en fin, volviese despues de haberme portado como buen militar.... ¿podré esperar como recompensa, constancia y amor de la hermosa que adoro?

—Enrique, respondió; acabo de descubrir á V. un secreto que nunca ha revelado mi boca, y con esto he dado á V. una prueba de confianza, que solo puede tener por base un vehemente amor. Acaba V. de leer como en un libro abierto cuanto ha pasado en mi corazón desde que salí de mi patria; juzgue V. por sí mismo, si quien ha sabido doblegar su carácter y sus inclinaciones durante tanto tiempo por defender una patria amada, puede ser inconstante con el hombre á quien ha elegido su corazón.

Aseguré á Zenobia con todas las espresiones que pudo sugerirme la más vehemente pasion, de mi entusiasmo por la causa de su país, y juré guardar un profundo secreto sobre todo lo que me habia revelado aquella noche. Discurrimos entonces sobre los medios con que podria yo salir á la calle sin ser visto por ninguno de los de casa, y no hallamos otro más ingenioso que el de abrir una puercecita que conducia á una escalera de caracol por donde se bajaba al jardín; y saltar por las tapias de este á la calle; todo lo cual lo ejecuté con notoria felicidad sin que nadie fuese testigo de mi evasion.

Al dia siguiente me envió Zenobia por la posta un paquete de cartas para su hermano y algunos gefes del ejército, donde me recomendaba con elogios seguramente muy superiores á mi mérito. Escribíome también una carta en que me juraba de nuevo eterno amor y fidelidad, escitandome á cumplir mi

deber y mostrarme digno de la nacion á que pertenecia; dentro venia un retrato suyo en miniatura y un rizo de sus cabellos, objetos que me acompañarán hasta la hora de mi muerte.

Acabo de descubrir á V. lo que hubiera siempre permanecido oculto en el fondo de mi corazón, si á la mucha confianza que V. me inspira no se añadiera el que en la situacion en que me hallo, me es indispensable tener en París una persona segura á quien remitir mis cartas para Zenobia y por cuyo conducto pueda yo recibir noticias suyas. Mañana salgo para Varsovia y tal vez esta heroica ciudad será mi sepulcro y el de todos las valientes que la defienden. En este caso ruego á V. dé noticia de mi muerte á mi desgraciada familia."

Al decir estas palabras se le cubrieron los ojos de lágrimas pensando en los autores de sus dias. Procuré templar su justa afliccion y luego le acompañé á su casa, situada en uno de los barrios más retirados de la capital. Hicimos transportar á la mia los pocos muebles que adornaban su estancia, de los cuales tomé inventario para devolvérselos á su vuelta ó entregárselos á su familia en caso de que esta nunca se verificara. Dejéme escrita una carta para Zenobia, en que la decia, que siendo yo un amigo seguro, no habia vacilado en descubrirme su confianza: en efecto habiendome presentado con este carta en casa de Zenobia, fui muy bien recibido, y me convencí á la primera conversacion, de que aquella muger extraordinaria estaba realmente dotada de una energia de alma poca común en su sexo. Al dia siguiente por la mañana, salió de Paris en la diligencia el enamorado Enrique B.

Seguí visitando á Zenobia con bastante frecuencia y la entregué diferentes cartas de su amante escritas desde todas las ciudades en que se habia detenido. Así pasaron algunos meses, hasta que al fin supo Zenobia por una carta de su hermano, que Enrique habia llegado á Varsovia y que se habia alistado inmediatamente en calidad de voluntario durante la guerra, en la division de Romarino; y en fin, que habia salido para reunirse con el ejército.

Harto conocido es el desastroso fin de esta guerra. A cada noticia funesta para los polacos que leiamos en los diarios, recibia el alma

de Zenobia un golpe terrible como si la hubiera acaecido el mayor infortunio imaginable. Llegó por fin al cabo de algun tiempo la terrible noticia de la toma de Varsovia, y nunca olvidaré la fisonomía de nuestra heroína, mientras la leía con todos sus detalles en un periódico francés. La muerte de una madre querida no la hubiera afligido tan profundamente; pero no la ví derramar ni una lágrima. ¡Infeliz! Entre los nombres de los muchos valientes sepultamos bajo las ruinas de la heroica nación polaca, se leían los de Arturo Zeloski y el de mi desgraciado amigo Enrique B...

Al día siguiente fui á casa de Zenobia; pero me dijeron que la noche antes había despedido á todos sus criados, vendido sus muebles y salido de Paris en una silla de posta.

Quince días despues de estos sucesos, me encontré en uno de los bailes que se dieron en la casa de la ciudad á presencia del rey de los franceses y de su familia, con algunos de mis conocidos y entre otros con un jóven diplomático ruso recién llegado á Paris, y célebre no menos por sus talentos en el arte que tanto han perfeccionado los Tallyrand y los Pozzo-di-Borgo, como por su poderosa cooperación en la ruina de Polonia. Entretenidos estábamos en tomar sendos helados y departir acerca de la política europea, con aquel tono ligero y chistoso que siempre emplean los señores diplomáticos cuando se dignan honrarnos con su conversacion á nosotros profanos, é ignorantes en la misteriosa ciencia del embrollo; cuando habiendosele escapado al susodicho ruso, algunas espresiones insultantes (á que yo tengo para mí que contribuyeron no poco los muchos vasos de punch que llevaba bebidos) contra los polacos en general, salió de entre las personas que nos rodeaban, un jóven de poco robusta apariencia, el cual sin encomendarse á Dios ni al diablo, como suele decirse, asentó una sonora bofetada en los anchos y rosados carrillos del diplomático moscovita. Fácil es de imaginarse el desórden que siguió á esta inesperada hostilidad; pero como la mucha gente que se interpuso impidió que los dos enemigos viniesen á las manos, sacó el agresor una targeta del bolsillo y la puso en manos de su atónito con-

trario, con lo cual desapareció rápidamente, habiendo pasado este suceso en menos tiempo del que me ha sido necesario para referirlo.

Este incidente se hubiera sin duda borrado muy pronto de mi memoria, si al otro día no hubiera recibido el siguiente billete de una mano desconocida:

«La persona que anoche en un baile dió una gran bofetada á cierto diplomático ruso, suplica á V. que tenga la bondad de acompañarle, en calidad de padrino, en el desafío á muerte que tendrá mañana con el hombre á quien ofendió. Soy extranjero y á nadie conozco en esta ciudad; aprecio á los españoles por razones que pronto sabrá V., y así me atrevo á suplicarle que mañana á las 6 de la madrugada, se halle á la entrada del bosque de Bolonia para ser testigo de mi mortal desafío.»

No dejó de chocarme este singular anónimo: pero quise con todo llevar adelante una aventura que se anunciaba con tantos visos de romanesca. Hálleme al día siguiente en el sitio indicado, donde me aguardaba ya el autor del susodicho billete: iba embozado en una larga capa y cubria su rostro una careta de raso negro. Pronto llegó en un coche, acompañado de su padrino, el ofendido diplomático; y los cuatro nos internamos en una de las mas oscuras alamedas del bosque. Dispusimos que el combate fuera á la pistola; que los dos combatientes se colocarian á treinta pasos uno de otro y que ambos dispararian al mismo tiempo. Así se verificó en efecto; pero quiso la casualidad que ninguno fuese bastante afortunado para triunfar de su adversario, pues habiendo salido en un mismo instante los dos tiros, ambos cayeron al suelo bañándolo con su sangre. Quedó muerto en el acto el diplomático ruso, sin que sirvieran de nada todos los auxilios que se le prodigaron: acerqueme á reconocer la herida de mi apadrinado, y al levantar la máscara que cubria su rostro, reconocí con no menos sorpresa que dolor, las facciones de la desgraciada Zenobia. Estaba su rostro pálido con una azucena y las sombras de la muerte cubrian casi enteramente sus ojos; pero todavía respiraba; aunque era su aliento frio y casi imperceptible. Vende con un pañuelo la ancha herida que tenia en medio del pecho y apoyé su cabeza sobre mi seno para que

respirara con mas comodidad.

—Ha muerto mi adversario? me preguntó abriendo un poco los ojos y con un acento tan débil y apagado que apenas podian oír lo que me decia.

—Sí, la respondí; ya ha muerto.

—Ahora moriré contenta y vengada... Enrique! Arturo! ¡ó patria mia!...

Y pocos instantes despues, exhaló entre mis brazos el último suspiro, murmurando con voz moribunda el dulce nombre de su patria.

E. O.

El Atlante.

FÁBULA.

El Piloto y los Marineros.

En un puerto de Flandes diz que habia
Un Piloto afamado, que pasaba
Por hombre de gran ciencia,
Conocida prudencia,
Y en calculos geométricos profundo;
Habia corrido el mundo
Del uno al otro polo,
Y desde oriente á ocaso;
Emperó malas lenguas se empeñaban
Por envidia tan solo,
En desacreditarlo, y propalaban
Que era de ciencia escaso,
Que un poco de teorica sabia,
Mas que en cuanto á la practica era
un bolo
No sé por qué accidente,
Vióse encerrado un día de repente
De conducir á mares muy remotos
Una veja fragata ballenera;
Porque el tiempo ya era
De declarar la guerra á tales monstruos,
Del abismo insondable;
Viendo los marineros
Malparado el timon; rota la quilla
De la tal fragatilla,
Exhalaban quejidos lastimeros,
Su suerte maldiciendo, temerosos
De verse en el abismo sepultados
De los profundos mares procelosos.
Aquellos mas prudentes
Al capitan pintaban y al piloto
Los mil inconvenientes
De tal navegacion; mas todo en vano
Que lejos de atenderles.
El capitan cruel puso en la mano
De su mismo piloto un gran rebenque,
Con amplias facultades,
De blandirlo á su antojo; reprimi-

endo
Tan locas y atrevidas libertades,
Y el piloto orgulloso les mostraba
El látigo, diciendo que sabría
Humillar la insolencia y demasia.
Próspero el viento en apacible calma
La mar pronto á su vista
Despaciéron los azules montes:
Y he aquí que de improviso
Allá en los horizontes
Columbra un marinero parda nube
Nuncio de tempestad: todos la miran
Y tiemblan y suspiran.
Y hay sin embargo en medio á los
temores,
Quien á la la nube lóbrega saluda,
Porque espera sin duda
Que aquellos mismos irritados vientos
Que habrán de reducir á mil fragmentos
La malparada nave do sus vidas
Van sin cesar vendidas,
Otra nave mas firme y mas segura
Les traiga por ventura.
Ya ruge el viento con furor, cual
montes
Al cielo se alzan las airadas ondas;
Juguete del horrisono elemento,
La nave en un momento
Casi toca al zenit, y á un tiempo
mismo
Desciende rapidísima al abismo:
Y para mas horror del trance fiero
Los mismos monstruos de la mar
terrible
Contra los cuales su guerrero a presto
La nave conducia, al grande impulso
Del temporal inopio, arrebatados
De sus hondas guaridas,
Asomán sus cabezas espantables,
Y con las duras colas
Violentas baten las hinchadas olas.
Ni aliento, ni esperanza ... el mar-
rinero
Solo atento á su vida, audaz des-
precia
La tremenda amenaza
Del piloto iracundo: cual se arroja
Frenético á la mar, otro se abraza
A un mutilado mástil, y allí espira,
A su obstinado gefe maldiciendo.
Este misero en tanto no pudiendo
Hacerse obedecer y deseando
Salvar á todo trance
La rota navecilla apeló al cabo
A su última esperanza.
Hizo venir corriendo á su presencia
Un cierto marinero
Hombre de mucha fuerza, y de con-
fianza,
Y enarbolando fiero
El látigo inclemente, se lo entrega
Con la sencilla esplicita advertencia
De que ha de sacudirlo sin clemencia

(81)
Sobre aquellos malsines,
Que con perversos fines,
Niegan á sus mandatos la obediencia;
Apesar de la angustia del momento
Dicen que al empuñar aquel privado
El poderoso elastico instrumento,
Fue tanto lo que á risa provocado
Se vió, que aun á los mismos que
riendo
Azotar figuraba,
Su sardonico mal comunicaba;
En fin, creyendo con razon algunos
Que en vez de lograr fruto en sus
faenas,
Sacrificios y penas,
Sus decaidas fuerzas agotaran,
Tranquilos se estuvieron,
Y todos al negrísimo horizonte
La vista por instinto dirigieron:
Y entonces no muy lejos divisaron
Otra nave que en tanto parecia
De construccion reciente,
Y las ondas domando prepotente,
A socorrerlos rapida venia:
Mayor el gozo fue cuando cercana
Conocieron al fin que tambien era
Fragata ballenera,
Aunque en su construccion muy di-
ferente.
Cañones por supuesto no traia,
Ni pertrechos inutiles de guerra,
Ni el Piloto tenia
Látigo, ni rebenque, pues decia
Prudente el Capitan que el terro-
rismo
Debierase quedar para los mons-
truos,
Que iban á domeñar del hondo a-
bismo:
Era hombre mesurado,
Afable é indulgente,
El nuevo capitan y en continente
Cordial y franco, en su fragata ad-
mite
A la naufraga gente,
Y mostrando los muchos beneficios
De su moderna nave, él enseñaba
Como sin tan costosos sacrificios
Triunfar de mil gigantes se lograba;
Con júbilo inefable
Los naufragos dichosos bendijeron
Al sabio capitan, y abandonando.
Y el piloto tambien, la ya deshecha
Nave infeliz, y perdonando agravios
Del capitan insigne
Todos siguieron los consejos sabios.
El entretanto en su gloriosa empresa
Prosigue infatigable, y no reposa,
Y lucha con los vientos,
Hasta que en su manida cavernosa
Al monstruo que buscara audaz a-
cosa,
Y lo reduce al fin á mil fragmentos.
Como en aquella empresa
Todos parte tuvieron desde entonces
Muy amigos quedaron,

Y añadiendo que todos se abrazaron
Acabare por fin mi largo cuento.
¿Y la moral? ¿la consecuencia? ...
Es nada,
La cosa mas sencilla:
Figúrese el lector, si está despacio,
Que la primera nave naufragada
Es una ley caduca, un cartapacio
O Reglamente, ó cosa asi... formada
Afin de hacer la guerra al vandalismo
Pues ese es el tal monstruo del a-
bismo.
Al menos en mi fabula: la otra
De mejor construccion que se pre-
senta,
Venciendo la tormenta,
A socorrer á la infelice gente,
Puede ser otra ley, que derogada
A la antigua dejara, cual la nave
Segunda alli olvidada
Dejó á la ya podrida, prosiguiendo
Firme y gloriosa á consumir la
empresa
A ella solamente reservada.
Si mas esplicaciones
Alguno ora desea, ó bien pidiera
Que le pinte las señas y facciones
Del capitan, Piloto y Marineros
Y demas personal, para perderse
Despues en congeturas.
Y hacer libremé Dios! aplicaciones
Prévios los mil perdones,
Yo le diré que como en aquel tiempo
Hubó tantas fragatas balleneras
Parecidas en todo, ó mas bien dicho,
Aunque parezca raro,
De mi cuento las dos multiplicadas;
Siendo ademas constante
Que el uracan funesto se estendia
A muchas leguas en contorno, es
claro
Que á un tiempo un caso igual su-
cederia
Con cien naves iguales,
Y como yo quisiera que esta misma
Unica relacion servir pudiese
A describir tanto fracaso junto
He creido omitir leves señales
Entre uno y otro caso, desiguales:
Ni en cuentos de naufragios
Hay para que pararse en distincio-
nes,
De pelos y señales,
Que no han de dominar los tem-
porales.

M***

Editor responsable P. M. RAMIREZ

Imprenta de EL ATLANTE.